

EL CONVENTO

La mañana, procedente del día que comenzaba con duros trabajos en la huerta del convento, tras las oraciones en la gótica capilla, cuando las tinieblas aún dominaban en el húmedo ambiente de finales de otoño, era fría y desapacible.

La hermana María manejaba con destreza y con premura el pequeño azadón, para procurarse algo de calor con el duro ejercicio de la rústica labranza practicada en el arcilloso suelo del huerto comunal.

En su próxima onomástica, mientras corría el año de nuestro señor de mil novecientos setenta y dos, la hermana María cumpliría cuarenta y siete años, circunstancia que unida al abandono en su cuidado personal, la hacían parecer una vieja a la vista de un observador imparcial; no había tenido la misma opinión sobre el tema, el viejo sacerdote que había sido su confesor y el de toda la congregación durante los últimos treinta años, hasta su muerte; el padre Ambrosio, entendió bien sus más escondidos anhelos, incluso aquellos que ni siquiera a él se habría atrevido a confesar.

Pensaba la hermana María, que con el paso del tiempo y de su edad, esos deseos dominados por su instinto, irían diluyéndose a la vez que su belleza serena de mujer llana; se cumplió lo de su belleza, pero no descendieron ni un ápice sus deseos, los que se transformaban en orgasmos desenfrenados en las tibias noches de primavera, y que le hacían sentir extrañas sensaciones, los que le traían voluptuosos recuerdos cada vez que empuñaba el mango del azadón; tan parecido en su grosor al viril miembro del padre Ambrosio.

Pero aquellos eran otros tiempos, el padre Ambrosio hacía ya un año que había muerto, y desde entonces no habían tenido un confesor fijo; algún párroco de las cercanas parroquias había ocupado el puesto, pero al ser de forma alternada, no daba tiempo a tomar confianza con ellos, y desde hacía un año, la hermana María siempre mentía en sus confesiones, pasaba por

alto los pecados contra el sexto mandamiento, cometidos siempre con el pensamiento.

El frío viento del norte que acariciaba su cutis, apenas conseguía enfriar su animo de mujer, no podía evitar el deslizar sus manos sobre el duró cabo de la azada mientras los recuerdos pasaban por su mente cada vez más encendida.

Pero hoy era un día que traía novedades, un nuevo capellán se haría cargo de la capellanía del convento, el obispo les había asignado un joven sacerdote para que hiciera las veces de capellán y confesor de la congregación, esa noticia traía de cabeza a las hermanas, aunque ninguna demostraba exteriormente demasiado interés, todas, en su interior, estaban deseosas de conocer a su nuevo confesor y confidente, su nuevo director espiritual.

Con habilidad, la hermana María, habría los surcos sobre los que otra hermana caminaba tras ella dejando los trozos de patata, para que una tercera viniera enterrándolos, dejando expedito el surco para los posteriores riegos a boquera que también realizarían las hermanas en cualquiera otro de los días de labor en el amplio huerto del convento; quizás demasiado amplio para las veinte hermanas que componían la congregación; de las que solo doce tenían cuerpos que fueran útiles para tales menesteres agrícolas.

La mole pétreo del edificio, extendía su sombra sobre las húmedas tierras del huerto y las figuras luctuosas de las monjas, agachadas sobre la labor incipiente, se refugiaban del frío como podían dentro de sus espartanas túnicas, mientras esperaban que el tímido sol calentara algo el ambiente; cuando el cálido astro, por fin consiguiera erguirse sobre los altos muros del vetusto convento.

Aquéel sería un día especial, todas esperaban el repique de campanas que las llamara a conocer al coadjutor, al esperado y ansiado hombre que las escuchara y les diera su santa opinión a cerca de sus más intimas inquietudes, sobre los turbadores pensamientos que llenaban sus solitarias noches; aquellas noches que aterraban a su espíritu con voluptuosos deseos.

La hermana María recordó como esos pensamientos habían evolucionado

a lo largo de los años, de aquellos largos años pasados en la cautividad de aquél claustro; sin dejar de faenar con la tosca herramienta que portaban sus manos, fueron los recuerdos invadiendo su mente, aquellos candidos recuerdos de su juventud, en los que confundía siempre el deseo carnal con el inseparable anhelo de amor; en aquellos días no dudaba en confundir el sentimiento de amor juvenil, plagado de visiones idílicas, con el calido deseo hormonal que humedecía su entrepierna hasta el límite de tener que cambiarse ropa interior y tener que lavarla a escondidas para que sus hermanas no apreciaran el hecho fisiológico; aunque siempre pensó que a sus compañeras de destino y de edad, debía sucederles algo parecido.

La hermana María ingresó con doce años en el convento, y en él sufrió todos los cambios hormonales y físicos propios de su edad; y fue su imaginación y su pertinaz deseo, el que hubo de conducirla hasta conseguir seducir a un no tan joven sacerdote que en aquellos momentos se ocupaba de la dirección espiritual del convento. A los quince años, la hermana María urdió un elaborado plan; mediante sus confesiones, que ella llenaba de candidez y de escondido erotismo, produjo la inquietud en el sacerdote, que ya no cumpliría los cuarenta y que fue seducido por la hermana María allí en aquel mismo huerto, tras unos setos que ocultaban el muro sur.

Andaba la mente de la hermana María absorta en aquellos voluptuosos recuerdos, de los que la arrancaron el repique de campanas que las llamaba a reunión en el claustro. Todas dejaron, no sin cierta premura, las herramientas sobre el mismo tajo; lavaron sus manos en el bidón que había junto al pozo y que contenía una heladora agua en la que a veces había que romper el carámbano que la cubría y se dirigieron con recogimiento y en silencio al claustro.

La Superiora, una viejecita de sonrisa picarona y autoritaria, que no sobrepasaba el metro cincuenta de estatura, estaba bajo el soportal, delante de la puerta principal, erguida, junto a un mocetón de un metro ochenta y de no más de treinta y cinco años, que turbó con su aspecto el espíritu de todas las religiosas; fue la superiora la que hizo las presentaciones de rigor, aunque ya no hacía falta, su sotana y su alzacuello

lo delataban, sin duda era su nuevo capellán.

- Hermanas, el padre Santiago será nuestro nuevo director espiritual, él se ocupará de todos los menesteres propios de su oficio; os aseguro que a pesar de su juventud es un hombre sabio y prudente que sabrá dirigir nuestros espíritus por el camino de la salvación eterna. Dejo que él os dirija unas palabras.

- Amadísimas hermanas en Cristo nuestro Señor....

De esta manera inició su corto discurso el cura, pero la hermana María, y junto a ella la mayoría de las hermanas, no escucharon nada más; aquella viril voz que atronó el claustro, llenó de inquietud sus espíritus e hizo zozobrar sus voluntades, que volaron con lascivia por entre las sotanas del cura.

La que más y la que menos, en aquel mismo instante pecó de pensamiento con el joven y fornido sacerdote. Incluso a la hermana María le pareció que aquello era demasiado, ¿En qué estaría pensando el señor Obispo cuando designó a este cura como coadjutor del convento? ¿Es qué pretendía ponerlas a prueba? Puede que tal vez no hubiera otro, o que quizás el señor Obispo no lo había visto personalmente.

Todas las mañanas, el padre Santiago decía misa en la capilla principal del convento, y las hermanas, por turno, le ayudaban en tales menesteres; pero media hora antes de que comenzara la misa, el cura ocupaba su lugar en el confesionario, por si alguna hermana había menester de sus servicios antes de comulgar; estos menesteres los realizaba el cura mientras las hermanas realizaban su aseo personal en el baño comunitario, unos aseos y unas duchas que habían de compartir por no tener las celdas ningún medio privado para tales menesteres.

El agua de las duchas era templada en invierno por los mismos fogones de la cocina, por lo que estos había que encenderlos al menos media hora antes, de esto se encargaba la hermana Casilda, la cocinera, una anciana de no menos de ochenta años. Las duchas tenían unas discretas cortinas que la superiora recordaba a todas horas que debían estar cerradas para no "dar tres cuartos al pregonero" ni posibles a Satán y sus secuaces.

Esa mañana decidió la hermana María que era hora de tomar un primer contacto con el nuevo cura y comenzar a probarlo, lanzarle un primer anzuelo.

- ¡Ave María Purísima!

- Sin pecado concebida; contestó el sacerdote.

- Soy la hermana María padre, y a pesar de mi edad, mi gran silicio sigue siendo el sexto mandamiento.

- Pero, ¿Ha pecado contra ese mandamiento?

- Eso no es fácil de saber, mi imaginación siempre vuela como una loca mariposa, y mi voluntad anda siempre tras ella para reprimirla. Nunca sé bien cuando la he reprimido a tiempo y cuando no.

Continuaron la conversación un corto espacio de tiempo, en el que la hermana no aclaró gran cosa al sacerdote; solo pretendía despertar su curiosidad.

- Padre, no creo haber pecado en los últimos días, pero me gustaría poder explicarle mi problema más despacio; durante las horas que dedica usted por las tardes, a la dirección espiritual de la congregación.

- Eso me parece muy bien hermana, será mejor que hablemos con tiempo de este problema suyo sin interrumpir la confesión de las demás hermanas; vaya a verme después de las cinco a mi despacho, la atenderé con más tiempo.

El día transcurrió entre "ora et labora" y no veía la hermana María la hora de tener la ansiada entrevista con el sacerdote; esperó María a que pasaran las otras hermanas deseosas de dirección espiritual y cuando comprendió que el padre Santiago había quedado definitivamente solo, se decidió a entrar en su despacho.

- Buenas tardes tenga usted padre, aquí estoy como convinimos esta mañana.

- Pase y cierre la puerta hermana; tome asiento y comience a contarme su problema, tenemos toda la tarde para nosotros.

- Mire padre, todo comenzó hace muchísimos años, al poco tiempo de entrar yo en este convento siendo aún una niña. No habría yo aún cumplido

los catorce años cuando comenzaron a presentarse lo que podríamos llamar pesadillas; todos mis sueños comenzaron a girar en torno a un único tema. Había visto yo en el corral del convento, como un gallo caporal pisaba a algunas gallinas del corral, tras subirse encima de ellas, aproximaban sus colas con mucho alboroto y luego cada uno seguía su camino sacudiendo su plumaje; creí primero que esta era una forma en la que el macho dominante mostraba su dominio a las gallinas, pero pronto comprobé que eran las gallinas las que se humillaban en el suelo y solicitaban que el gallo se les subiera encima. No entendiendo yo bien lo que sucedía le consulté al viejo sacerdote que nos guiaba entonces y él me explicó que se trataba de la cubrición de la gallina para que luego el huevo pudiera dar pollitos.

A raíz de aquella parca explicación, presté más atención al fenómeno observando que la satisfacción de la gallina era grande, a pesar de que el gallo, podíamos suponer que la maltrataba.

Regresé a pedir más explicaciones al padre Ambrosio, nuestro anciano coadjutor, y este amplió algo su explicación anterior, dándome algunas explicaciones sobre la sexualidad en los animales y sobre el placer que estos pueden sentir al ejercerla; cuando le pregunté que si sucedía lo mismo en los seres humanos, me contestó con ciertas evasivas y apeló al alma para decirme que en los seres humanos todo esto estaba santificado por un divino sentimiento que era el amor, y que este era santificado y institucionalizado en el santo matrimonio.

Tras esta explicación, presté mucha más atención a este acto entre otros animales, y pude verlo en los pájaros, en los perros, en los cerdos y en otros más; pero fue ya el cenit cuando tuve la oportunidad de verlo entre dos asnos, aquel acto salvaje y brutal me sobrecogió y me impactó de tal manera, que desde entonces todos mis sueños giraban en torno al asunto; preguntándome como sería entre un hombre y una mujer.

Tanto me obsesionaba el tema, y tan frecuentes y placenteros mis sueños, que siempre eran el tema principal de mis confesiones con el padre Ambrosio. Un día me pregunto el padre que cuantas veces sentía placer en esos sueños, y le prometí contarlas al día siguiente.

Se sorprendió mucho el padre, cuando le dije que esa noche había contado siete orgasmos, al parecer le parecieron demasiados para mis escasos catorce años.

Creo que fue ese día cuando le pedí al padre Ambrosio, que tendría ya cuarenta años, edad que me parecía a mí la de un anciano, que me enseñase el órgano masculino, cosa que yo no había visto nunca.

El sacerdote, primero se negó en redondo, pero poco a poco fue cediendo, y un buen día en este mismo despacho me lo enseñó. Imagine padre cual fue mi sorpresa, quedé perpleja.

Desde aquel momento terminaron mis pesadillas, ya que el padre accedió a que lo visitara una o dos veces por semana y en estas ocasiones el viejo padre me penetraba de la misma forma a como lo había visto hacer al asno; aunque sin duda el órgano del viejo cura poco tenía que ver con el del asno, a mí me dejaba satisfecha y tranquila.

- Me deja usted de piedra hermana María, ¿Y cuanto tiempo duró esa relación entre usted y el padre Ambrosio?

- Pues hasta que murió, ya que el padre no estuvo enfermo, murió de repente a los setenta y un años. En algunas ocasiones jugábamos a juegos que nos divertían muchísimo; por ejemplo en el confesionario, donde el padre practicó una abertura que me permitía meter mis manos mientras me confesaba, y allí mismo lo masturbaba.

El padre Santiago quedó un momento pensativo, luego caminó de un lado a otro de la pequeña habitación, mientras se acariciaba el mentón o introducía las manos hasta el fondo de los grandes bolsillos de su sotana.

- Creo que necesito reflexionar sobre todo esto que me ha contado antes de darle ningún consejo, así que déjeme solo y yo le contestaré cuando haya pensado algo.

Las mañanas seguían siendo heladoras, en alguna ocasión habían tenido que romper el carámbano de la pila con algún azadón pesado, para que pudieran beber los animales; aquel comienzo de invierno estaba resultando especialmente duro, la escarcha endurecía la capa superficial de la tierra haciéndola quebradiza al contacto con la azada, produciendo un

característico crujido cada vez que la monja dejaba caer su azadón con pesada cadencia, abriendo un profundo surco en el que dejar caer la simiente que daría lugar a la nueva cosecha en primavera.

El dorso de su cintura se resentía por su persistente doblez y por el frío que conseguía calar sus gruesos vestidos y su consistente capa de grasa; aquel trabajo comenzaba a ser demasiado duro para ella, pero la superiora aún la consideraba apta para tales esfuerzos, solo su pensamiento, que volaba sobre los campos y sobre los muros de aquel duro claustro, conseguía darle esperanzas de mejores tardes y de placenteras mañanas, talvez de clímax nunca alcanzados hasta ahora.

Aquella mañana del mes de diciembre, cuando aun la noche dominaba con su oscuridad la lúgubre capilla, estaba la hermana María en la cola que conducía al confesionario, solo tres hermanas estaban por delante de ella, y aún quedaba más de media hora para que comenzara la santa misa orquestada por el padre Santiago, era esa una situación que convenía a sus planes; antes de que transcurrieran diez minutos, la hermana estaba arrodillada en uno de los laterales del mueble de gruesa madera que constituía el confesionario.

- !Ave María Purísima!

- !Sin pecado concebida! Hermana María; he pensado mucho en lo que me contó hace tres días, creo que el padre Ambrosio era alguien muy inteligente, que comprendió que todo es relativo, incluso en el dogma religioso, y que su naturaleza hermana, estaba dominada por las hormonas, y que ellas ejercían un mandato sobre su voluntad impidiendo su libertad; por lo tanto necesitaba usted de una relajación, de un darle salida a su ímpetu juvenil; quizás lo que hacía el padre Ambrosio era absolutamente necesario, la única forma de serenar su espíritu apasionado, de liberar su alma de la presión y permitirle ser libre para dedicarse a Dios sin otras trabas terrenales; una forma de sublimación espiritual.

- !Gracias por su comprensión padre! Le enseñaré el butrino que hizo en el confesionario para facilitar el movimiento de mis manos.

Las manos de la hermana María se introdujeron con maestría y precisión

por debajo de la encimera que servía de apoyo a sus codos en el confesionario, un segundo después estaban bajo la sotana del padre Santiago, acariciando sus muslos.

El padre quedó extasiado bajo las caricias de la monja, que pronto encontró su duro miembro viril que peleaba por salir de la contención de sus pantalones; tras algunas caricias abrió la cremallera de su bragueta dejándolo libre bajo la sotana. Algunas caricias de sus manos, algo ásperas por el roce con la azada, bastaron para conseguir la relajación del sacerdote.

La monja continuó con su rítmico trabajo, y cuando comprendió que la eyaculación estaba próxima, introdujo un pañuelo que llevaba preparado en su faldiguera, con el que contuvo el espeso y cálido brebaje e impidió que manchar la sotana.

La monja limpió todo con suma delicadeza y regresó a su lugar el miembro, ya mucho más dócil y obediente.

- He pensado padre, que hay una hermana, joven y de no muy claras luces en su inteligencia, pero de cuerpo grácil y rostro agraciado, con pequeño pero proporcionado cuerpo, que podría servir a nuestros propósitos, de forma que sea la que despierte su libido y sus naturales deseos, ya que mi cuerpo ya no es el que era y podría enfriar su ardor viril. Todo ello si a usted le agrada, yo me encargaría de encelarla y atraerla; pero primero quiero someterla a su consideración, se trata de la hermana Clara, repare en ella padre, y mañana, cuando pase por su despacho a la hora de la dirección espiritual, me dice usted lo que piensa.

La hermana María se levantó del confesionario y se dirigió a su lugar en la capilla, procurando aproximar su asiento al de la hermana Clara, desde ahora se había convertido en su objetivo, aunque el padre Santiago debía dar su visto bueno a la elección de la hermana.

Tras la misa, la hermana María se dirigió a su trabajo en la granja, era la faena que le correspondía en ese día. Fue en busca de la superiora y le pidió que le asignara una ayudante para las faenas y le sugirió que fuera la hermana Clara, por que le parecía la más adecuada y con mejor actitud con

los animales; la superiora estuvo conforme, por lo que desde ese momento pasaba a ser su pupila y la llevaría con ella a todas las faenas que tuviera que realizar.

Estando las dos mujeres en el corral de las gallinas, María puso en práctica su primera táctica. Había María, previendo este momento, mantenido encerrado al único gallo del corral durante los tres últimos días; de esta forma, las gallinas estaban sin cubrir, por lo que sus deseos de macho eran grandes y las hacían sentir la necesidad imperiosa de copular.

- Debes arrojarles el grano de maíz cerca de la puerta, de esta forma acudirán todas y nos será más fácil contarlas.

Cuando todas las gallinas hubieron acudido a las proximidades de la puerta, y la hermana Clara arrojaba puñados de maíz parsimoniosamente mientras trataba de contar las gallinas, María fue y soltó el gallo, que se fue para ellas arrastrando sus alas y haciéndoles la rosca. Fue verlo y la mayoría de las gallinas pegaron su pechuga al suelo en espera de que el macho las montara, todas ellas llenas de ardor.

Cuando el macho comenzó a montarlas con gran estrépito, la hermana Clara comenzó a llamar a gritos a la hermana María.

- ¡Hermana! ¡Hermana! El gallo le está pegando a las gallinas.

La hermana María acudió riendo con una sonrisa picarona y contenida.

- No Clara, el macho está cubriendo a las hembras; observa que a ellas les gusta, mira como se le rinden a los pies y solicitan sus servicios, una vez cubiertas, las hembras se sacuden de placer. Debes aprender mucho de la vida, yo me encargaré de enseñarte algunas cosas, pero todo en su momento.

La hermana Clara siguió observando a las gallinas y al gallo, cosa que le producía regocijo y una cierta inquietud que no llegaba a comprender muy bien.

María la mantuvo ocupada toda la mañana en las tareas de la granja, debieron limpiar los establos de las vacas y las ordeñó María, que iba enseñando a Clara; luego recogieron los huevos de los ponederos y los colocaron en la gran cesta de mimbre; también limpiaron las cochineras de

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

